

El sistema docente de ellas me resultaba y lo creía inútil. Así era que, siendo yo mal estudiante, en toda la extensión de la palabra, tenía la audacia de creer que no estudiaba por que todo aquello de la Universidad era una ridiculez comedia en la que padecía mi dignidad de chico. No sé si estaba equivocado o lo firmo. Lo cierto fue que con estos ideas me dedicué a la vida alegre, y que solo pisé el claustro en los días de revuelta estudiantil. Yo atribuí a estas revueltas un sentido revolucionario muy saludable.

Cuando volví a mi casa, a pesar de las vacaciones de Pascua, tuve que someterme a la verdadera autoridad que me pedía cuenta de mi vida y mis lagros. Entonces me asusté de mí mismo. Había gastado en dos meses más dinero del que yo valgo. —¿No te parece lo mejor que no vuelvas a Granada? —dijo a mi padre, resolviendo el caso que me planteaba. —Si vuelvo será para rehendirte. Aquí estudiaré y si no ex-minaré en Septiembre.

Aceptó mi padre el *modus vivendi*. Y aquí me quedé.

Yo era ya un hombre, o que se llama un hombre. Mis amigos predijeron las seguras sendas deportivas de las clases, los juegos de la fuerza. Yo siempre fui héroe. En cambio no había despedido por el lado de los amores honestos. Yo me busqué una novia como lo hacían algunas de mis camaradas. Aquello de la novia consideré yo un tanto *afeminado* y cursi, e impropio de un varón y *atletico* complexión. Les tenía ideas que piensa uno de chico. A poco de esto estaba yo un día tan tranquilo cuando me tropecé de manos a boca con una muchacha. —¿Pasa con... mi novia?

Fue aquello un flechazo. Verla y adorarla fue en una misma cosa. La seguí, todo ruboroso y con el espíritu endulzado por una rara zozobra. Apenas hubo traspasado el humbral de su casa, después de volver un instante a mis ojos, eché a correr hacia la mía. Todo de júbilo, y cuando llegué, me abrazó mi madre. —Mamá, ya tengo novia—le dije. —Esa más buena que un ángel! Ya verás cuando la veas... y rompí a llorar.

Advierto al lector que estoy confesando. Tan cierto es esto de mí con goja, que mi padre, que en su alabanza andaba todavía, me oyó y me llamó. —¿Qué es eso? —Porqué lloras. —Me sentí hombre de verdad. Tuve por vez primera la conciencia de mis derechos, de la majestad de mi amor, y comencé a temblar, con respeto a su entereza.

No es nada, papá. Es que tengo novia. —Como es eso? —Como lo estás oyendo. No la he hablado todavía, pero es mi novia. —Mi padre debió de pesquisar la intención de estas palabras, pues no me rió. —Mas, con cierta severidad, o ríspida, me repuso.

—Y es así como vas a estudiar? —Verás como ahora si estudio de verdad. No me ríes. —¿Quieres casarte, quizá? Dilo francamente y te casaremos. —No, casarme, no. Eso sería una tontería. Lo único que quiero es querrela y que no me ríen. Yo estudiaré: te lo aseguro. —Aquí fue un punto. Mis padres no me rieron jamás por esto. Mi amor fue muy noblemente respetado por ellos. ¡Son muy buenos!

Ya comprenderéis que entonces comenzó verdaderamente mi vida. He dicho que fui muy mal estudiante. Es verdad. Si me pregunta-

ais por qué, a mí me dio por concestar lo que siento, es decir que fui mal estudiante porque jamás me oí serlo bueno para llegar a honrar me con los que estudiaban más que yo. El no estudiar era en mí señal de mi vanidad, un lujo que me permitía permitirme con los demás compañeros. La idea es estúpida ¿verdad? Pues así era. Palabra! Después de lo dicho, a nadie extrañará que del punto de mi espíritu seara para justificarme de tan grave defecto, una extraña teoría, amasada sin duda con un poco de malicia y otro poco de soberbia. La expuse aquí a ver qué os parece. Ella será mala o buena, pero me dá a conocer en este respecto.

No soy sabio, ni quiero serlo—me decía yo. La sabiduría si por tal se tiene una vastísima erudición, no es cosa que me enanara, ni que habla muy alto de la confianza que yo debo de tener en mí mismo. Si yo aborreciera, aborrecería a los eruditos. Me parecen tan poco interesantes como un almuerzo de camareros. Considerar no consista solo en enfarse de lo que ha pasado o en pensar por cuenta propia, deduciendo de los grandes principios mil consecuencias, por medio de racionamiento.

Muchas veces, hablando de esto con algún camarada estudiante, le decía yo: No lo duela de del erudito se correrá ingrata y patulante. En mi desprecio al estudio hay un fondo de humildad que tú no tienes. Yo reconozco que no podré saber jamás cuanto se debe saber. Tu obra como si hubieses de conseguir la perfección algún día. Tu eres soberbio, chico. —¿Quién podrá pasar por erudito hoy que tanto se escribe? Desengáñate: el que más, no llega a tener idea sino de una parte ínfima de lo que la humanidad va acumulando a fuerza de continuas investigaciones.

Así me explicaba yo cuando quería salvar a alguien de la manía de estudiar. He notado en mí que jamás tuve vocación—lo que se llama vocación—por nada. He sido abogado, como puede ser médico o telegrafista. Para mí el ser algo que a mis ojos mereciera respeto, no estribó en ser esto o lo otro sino en ser libre, en ser de mí mismo, en presidirme a mí mismo: en ser hombre, en una palabra. Y dicho se está que ser hombre es... ser algo sustancial; pero también es ser un pedezito de la humanidad; una molécula de ese gran cuerpo vivo y eternamente aformentado, que se nutre de la tierra toda, como de una ubre gigantesca.

Al influjo de aquellas ideas padecí siempre de *ignorancia relativa*. Para consolarme de ella me procuré, en cambio una severa disciplina mental. No sé por qué ni por quién—tal vez al calor de mis propias reflexiones—llegué a conseguirla. El caso es que siempre noté que mi cerebro era una máquina bien organizada. No digo que fuera mejor ni peor, sino sencillamente bien organizada. Dentro de mí no hubo jamás grandes luchas. Mi espíritu se limpió bien temprano de las telarañas que mis primeros maestros arrojaron sobre él, y adquirí un criterio, una orientación, fija. Yo no he sido primero esto y luego lo otro. Yo fui siempre la misma cosa, o la misma persona, me da igual. Realmente a mí no me ofusca ningún problema de ese orden que hacen los filósofos *suprasensibles*. En mi espíritu no entró jamás resplandor de cirios, sino rayos de sol, y tuve para el Sol, que tan gratuitamente me alumbró desde el nacer, una delicada muestra de respeto: nunca le pregunté quién era ni de dónde venía. Eso se pregunta a *quién* no nos inspira confian-

za. A mí me la inspiró el Sol desde el primer momento. ¡Allá suto siempre tan buena! Alumbró mi camino, y él de los demás hombres, y él de todos los mundos... Qué importa quién sea y de donde viene el Creador en el Sol; creo en la vida; creo en mí, y... en casi todos los hombres. Y creo, no lo dudes, con una fe alentadora que para sí quisiera otros que, blasmonada de espirituales y exquisitos, se agarran cobardemente a lo supracensible y si aman a la humanidad, la aman por tabla...

Y ahora que digo, no recuerdo a propósito de qué decía yo esto... ¡Ah, sí! Hablaba de mí fé. Volvamos la hoja.

Dicen de mí que soy escritor y orador. No me voy a permitir revelar la opinión que de mí tengo en este punto. En esas funciones de *la vida de relación*, lo interesante no es lo que yo pienso, si no lo que piensen los demás. Sin embargo: diré algo de esta modalidad mía.

De niño y de mozo yo fui muy corto de genio ya lo dije. Jamás pude imaginar que andando el tiempo, se abriera mi espíritu tan de par sobre las cosas. Llevaba dentro de mí *mi pequeño mundo*, es claro, pero ese estaba destinado a vivir y a morir en las reconditas de mi alma, envuelto en las nieblas de un vago soñar. El día que dispuso otra cosa, no obstante. Corto de genio, y todo, yo rompí un día a escribir para el público. Otro día rompí a hablar... para el mismo sujeto. ¿Cómo fué esto?

A poco de licenciarme en Derecho me caí de un coche... que volaba. El coche se pilló debajo: estuve para morir, más lo dejé para otra ocasión. En la convalecencia fué un periódico literario, *«La Olla»*. Creo que *aquello* fué a consecuencia de la caída. Otros hay que escribieron porque se cayeron de un vido. Hay de todo en el mundo. Después fundé otros periódicos, siete u ocho, todos republicanos y batalladores.

En todos ellos fui dejando pedacitos de mí alma.

Después de escribir, *hablé*. No os podéis imaginar cuán extraño me resultó esto de hablar. Era esa la función más lejana de los arboles de mi espíritu. En mí se daba el horror a la palabra que quisiera pintar en mi *«curita»* *«Quilolis»*.

Cuando me di cuenta de que era abogado—y podéis asegurar que no me di cuenta de ello por el daseo de ejercer—sentí la misma contrariedad que el viajero que de repente se reconoce perdido en medio de una senda que no es la suya. —Señor! ¿Dónde voy yo?—me pregunté medroso. ¿Qué voy a hacer en *estrato*, con este genio tan corto? ¿Cómo es posible que yo hable jamás, ni bien ni mal? Pues, a pesar de estas consideraciones, hablé un día. Yo me encontré pobre de repente en medio de la vida tenía la mar de ilusiones con mi novia; tenía un título de abogado y allá fui, empujado por la necesidad.

Entonces me contencí de que jamás nos conocemos bastante, y de otra porción de cosas que voy a decir ahora mismo, por si fueran interesantes.

Por regla general nos menospreciamos en demasia. Quizá contribuye a esto la educación que recibimos. Se nos educa en el temor de Dios, o en el del padre o en el del maestro; pero siempre en el *temor*. De ahí que seamos espíritus acobardados; que nos consideremos impotentes para todo, aun para aquellas funciones como la de hablar y la de escribir, que yo considero los más naturales de nuestra docta y dorada animalidad.

Si el hombre no deja enterarse hablando o escribiendo, ¿cómo podréis que lo haga? ¿Bastando quizá?

Si lo repito. Para hablar y para escribir, dando a estas palabras el sentido artístico que queráis, todos estamos *naturalmente* preparados. Lo que pasa es que no nos educan para esas funciones, que nuestros preceptores (valientes mamarrachos!) nos dejaron en ese puerto entregados a la espontaneidad del instituto, el cual actúa solo cuando las necesidades del vivir lo imponen.

Se enseña al niño el lenguaje hablado y el escrito, sólo para que los adlique a los rudimentarios menesteres de la vida de relación; no se educa en aquella otra excelente función de esa misma vida en que el lenguaje hablado o escrito es vehículo pronto a recibir las más delicadas y sutiles vibraciones de nuestro espíritu. Yo creo que en el mundo, hay muchos y muy formidables nadadores... que *no saben nadar*. Pues lo mismo digo de los escritores y de los oradores. ¡Cántos habrán muerto sin darse a luz!

Y ahora no me preguntéis si yo hablo bien o mal—eso es lo menos interesante.

Lo que sí os puedo asegurar es que cuando hablé por vez primera vi en mí a un hombre nuevo del cual, no tenía la menor noticia.

Parece mentira—me dije. Y yo que también de niño con *«La Cronica»* en la mano, autè el hijo de un guardia civil de caballería (lo que son las cosas).

Como me he propuesto justificar el título de esta crónica voy a dar unas cuantas pinceladas muy pocas, donde y como me parezca...

Al profesión del abogado me aqueja. Por este lado se ve un pedazo de vida demasiado repugnante. Y no creáis que esta repugnancia que yo siento la inspira el trato de los distinguidos asesinos y discretísimos estafadores, con que se forzosamente tiene uno que cruzar la palabra y el estalido a veces, no.

Estos me han parecido siempre dignos de todo respeto y de toda consideración.

He escrito algunos libros, *mis obras*. Levo algunos prendidos en las telarañas de la fantasía. Los mejores son los últimos. Los otros no me han parecido jamás exquisitos. El exquisito debo ser yo, que jamás los encuentro suficientemente bellos e interesantes.

Me han proporcionado ratos muy agradables, sin embargo. Leer a *mis críticos* me han entretenido tanto a veces! ¡Qué cosa más extraña esa de verse interpretado por otros!

De cuanto lico en esto de escribir me envanezo más que de una cosa: de esta *pagina*, en la que ahora escribo, y en la cual he dejado media juventud.

Pandar este pedezito, fué en mi una manía. Todos los *haberes de orden* dan un partido combatieron la idea por descabellada por imposible. Desde que yo hice posible esa imposible—claro que con la ayuda de ilusiones—confío del juicio de los hombres de orden. Los hombres de orden, están donde están, son clase conservadora, no tienen valor para crear, no tienen fe en la vida. El sentimiento de la propiedad, desarrollado en ellos a espensas de otros sentimientos, les incapacita para las luchas generosas y abnegadas. No obstante ello, creo que no deben desaparecer. Todavía cuando existen se por algo. Por lo que no pido es por creer que eso de la prudencia y el método y el orden, de que se ufanan, sea virtud. Eso no! Son así, no por cálculo, ni por reflexión, sino porque no lo pueden remediar, como